

Un Atrato vespéral

Las estrellas son negras

ARNOLDO PALACIOS

Planeta, Bogotá, 2020, 163 pp.

ENTRE LOS incontables destrozados ocasionados durante la furia del Bogotazo, hubo uno que pasó desapercibido entre el estrépito de los tranvías salidos de quicio y la borrasca de los escaparates granizados sobre las calles. Era un modesto rimero de hojas apiladas con la feliz simetría de las labores llevadas a buen término, apenas terminadas de mecanografiar en la víspera y aún fragantes a rodillo de máquina. Reposaban en los despachos del Ministerio de Educación, ubicado en ese entonces en el Edificio Cadena del centro de Bogotá, y contenían nada menos que el jubiloso resultado de los muchos días de esfuerzo y aplicación de un joven chocoano de 24 años aspirante a escritor.

Según lo contó Óscar Collazos hace unos años, en el prólogo de una edición conmemorativa de *Las estrellas son negras*, Arnoldo Palacios terminó de escribir el 8 de abril de 1948* el manuscrito de esa que sería su primera novela y obra más célebre. El hecho, insiste Collazos, hubiera sido intrascendente, una fecha más en la inexpresividad del calendario, de no haber ocurrido lo que ocurrió al día siguiente. Ese 8 de abril, un día corriente, un Palacios extático concluía la jornada diaria de escritura y salía del Edificio Cadena después de dejar listos y ordenados los originales.

Escribía en el Edificio Cadena gracias a la generosidad sin término del poeta piedracielista y funcionario del Ministerio de Educación, Carlos Martín, quien le prestaba una máquina de escribir entre las doce del mediodía y las dos de la tarde, cuando todos los demás mortales salían a almorzar. Más o menos durante un año largo escamoteó Palacios la hora habitual del almuerzo para dedicarse a la escritura de su novela. Fue un oficinista a cabalidad de los rigores de la rutina, y los folios difíciles que conseguía entresacar a esa dura cantera de la creación literaria los atesoraba como un custodio al interior de las oficinas ministeriales, un sitio a propósito para que un material

tan valioso permaneciera a salvo de perecer en cualquier descuido menor o traspapeo ordinario.

Arnoldo Palacios no lo pudo prever, desde luego. Pero las llamas del 9 de Abril, arrebataadas e iconoclastas, arreciaron sobre el Edificio Cadena con la terrible belleza de sus crestas danzantes, y redujeron a pavesas, con el patetismo de una letra de boleros, el manuscrito concluido de *Las estrellas son negras*. No fue Palacios, sin embargo, el único escritor que perdió una obra en la voracidad del fuego durante el Bogotazo, pues si el billarista y poeta Álvaro Mutis tuvo oportunidad de presenciar cómo todos los ejemplares de la edición de su primer libro de poesía, publicado apenas el día anterior, se agotaron con una celeridad solo posible por la ignición, el más joven García Márquez perdió, además de su máquina de escribir, dos o tres cuentos inéditos, de seguro cuño kafkiano, que corrieron la suerte paradójica de seguir el designio que el mismo Kafka había previsto para su obra una vez le adviniera la muerte: ser pasto de una hoguera.

En el caso de Palacios, lo más sorprendente no fue la pérdida del manuscrito, sino la prontitud con que lo reescribió. Según una de esas leyendas a las que son tan propensos los escritores, en dos semanas—algunas versiones alargan este tiempo a tres para hacer más verosímil la historia—ya estaba listo un segundo manuscrito, reconstruido de memoria. Independientemente de que en efecto se hubiera reescrito en un lapso así de corto, lo cierto es que tan pronto como al año siguiente, 1949, apareció publicada la primera edición de la novela, en una editorial fundada por un republicano exiliado de la guerra civil española, uno de esos tantos hombres buenos que vinieron a darle un empujón invaluable a la industria editorial latinoamericana en sus inicios. Desde entonces, aunque en tiempos demasiado espaciados para una obra de semejante valía, la novela se ha reeditado un puñado de veces, hasta llegar a esta edición, la más reciente, en el sello Seix Barral de Planeta.

Irre bajó a la playa con el ánimo de embarcarse a pescar. Llevaba la boya en la mano y lombrices dentro de un mate lleno de tierra húmeda. Vestía unos calzones de baño,

reducción de pantalones largos ya demasiado despedazados de viejos. Miró sobre su cabeza el cielo azul y sobre el Atrato la luz vespéral plateando las ondas. (p. 11)

Es memorable el comienzo de *Las estrellas son negras*: la sencillez expresiva de los cuatro verbos conjugados, el nombre cuasimonosilábico de ese personaje que se insinúa como predestinado a la desgracia, la descripción sin sentimentalismos de los lastres de la pobreza a partir de una prenda de usos reciclados, la enunciación de la belleza del mundo con el solo gesto de mirar hacia el cielo y hacia las aguas de un río. Sobre la línea final del párrafo, contrastando con el registro llano precedente, se destaca el adjetivo “vespéral” que, a primera vista, parece delatar una raigambre culta y latinizante, pero cuyo uso, más que de Góngoras o Gracianes, es patrimonio de la tradición literaria latinoamericana del siglo xx, con la cual entronca Palacios en una correspondencia en la que dialogan el “paisaje vespéral” del novelista Rómulo Gallegos con el “vespéral murmullo” del poeta Palés Matos, la “alameda vespéral” de César Vallejo con el “cristal vespéral” de Eduardo Carranza, la “obligación vespéral” de Neruda con la “gloria vespéral” de Darío.

La novela de Palacios está atravesada no solo por este ir y venir permanente entre el registro llano y el encumbramiento literario, sino por otras formas de flexibilidad y recursividad lingüísticas. Siguiendo la estela de Candelario Obeso y de otros precursores colombianos de la representación escrita de la negritud, Palacios reproduce sin inhibiciones ortográficas las particularidades del habla popular del Pacífico: la pérdida y aspiración de la /s/ al final de palabra—*tuj hermanitaj mujere[s]*—, la neutralización o inversión entre las consonantes /l/ y /r/—*arcanza, er baile*—, las formas apocopadas de segunda persona plural en contextos de voseo—*vó no ganátei, vó veréi*— y otros casos de reducción silábica, particularmente aféresis en flexiones del verbo “ser”—*[es]toy, [es]tarán, [es]tá*—.

Se ha dicho, con razón, que *Las estrellas son negras* sigue de cerca la técnica narrativa inaugurada por el *Ulises* de Joyce. Irre, el personaje principal

de la novela de Palacios, como el dublinés Leopold Bloom, deambula sin propósito aparente por las calles de una ciudad portuaria (Quibdó) que le resulta anodina. Mucho más joven que el personaje de Joyce, Irra elucubra, fantasea e imagina posibles rutas hacia un futuro distinto, menos atenuado por la pobreza y el desamparo. Además de la afinidad temática y temporal entre las dos novelas –la historia de *Las estrellas son negras* transcurre en menos de veinticuatro horas, en el curso de una tarde, una noche y una madrugada–, ambas son semejantes en el uso que hacen de los ensimismamientos monologantes de sus personajes. De hecho, casi toda la novela de Palacios sucede como una proyección mental de Irra (sus deseos de asesinar al intendente de la ciudad, sus desvaríos causados por el hambre, sus estrategias resignadas para robar o pedir fiada una libra de arroz en el granero del vecino).

También los sueños de Irra, sus aspiraciones, aparecen en esta clave mental. Aspira a conquistar una profesión: a veces se figura alcanzando la prestancia social de un médico y otras tantas le basta con imaginarse enfundado en el mameluco de un mecánico de taller. Sabe que para conseguir eso, un destino, una suerte distinta a la resignación, debe irse de Quibdó. Ha oído hablar de Cartagena y es hacia allá a donde procurará encaminar sus pasos. Pero el desventurado Irra, a pesar de su empeño de partir en un barco por el Atrato, se quedará para siempre “bajo el ramaje de los almendros” (p. 71), árboles que recuerdan a sus polvorientos congéneres del pueblo caribeño que se haría mítico gracias a la obra de ese otro escritor que, como Palacios, había visto arder parte de su trabajo literario durante la vorágine del 9 de Abril.

Parece que solo se vieron una vez, Arnoldo Palacios y Gabriel García Márquez. El encuentro tuvo lugar en 1949, en Cartagena, el destino añorado por Irra. Palacios había llegado a la ciudad amurallada para embarcarse en un buque transatlántico rumbo a Francia, donde había conseguido una beca para estudiar lenguas y literatura en la Sorbona, mientras García Márquez, residenciado en Cartagena desde los eventos recientes del Bogotazo,

pasaba sus días entre la sala de redacción de *El Universal* y la bohemia literaria. Fue una despedida efusiva, a pesar de que antes no se conocían más que de oídas, y no deja de ser una postal entrañable esa de los dos jóvenes escritores costeños, uno del Pacífico y otro del Caribe, despidiéndose en una bahía, en busca, cada uno, de su propio destino literario.

Jerónimo Uribe Correa